

## LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasión del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-Menehoul.—Es detenido en Varennes y conducido á Paris.—Pónenle preso en las Tullerías.

### I

Fatigada la Asamblea nacional de una existencia de dos años, y no sabiendo en qué ocuparse, desde que nada le quedaba por destruir, pensaba seriamente en disolverse. Causábanle recelos los jacobinos, huíasele de las manos su popularidad, agobiábala la prensa con continuos ataques, los clubs la insultaban, é instrumento gastado de las conquistas del pueblo, conocia que éste iba á destruirla si no se disolvía por sí misma. Sus sesiones no ofrecían interes y continuaba sus trabajos para concluir la Constitución, más bien por cumplir con una tarea que se había impuesto, que porque creyese en la duración de lo que, por otra parte, proclamaba como imperecedero. Mucho tiempo hacía que la muerte ó la indiferencia habían hecho enmudecer á aquellos hombres que habían conmovido toda la Francia con sus gritos. Maury, Cazales y Clermont-Tonnerre desertaban de un combate en que el honor había quedado á salvo, pero que era ya imposible sostener en adelante, y mucho más aún el obtener la apetecida victoria. La monotonía habitual de estas sesiones teóricas era interrumpida de vez en cuándo por acalorados debates. Uno de los más borrascosos fué el del 10 de Junio, entre Cazales y Robespierre, con motivo de querer licenciar á toda la oficialidad del ejército. «¿Cómo se atreven á proponer las comisiones—exclamó Robespierre—que confíemos en el honor de los oficiales para defender una Constitución que todos ellos detestan? ¿De qué honor quieren hablarnos, ni qué honor es ése que se cree superior á la virtud y al amor de la patria? Por mi parte me glorió de no creer en él.» Indignado Cazales, como militar, al oír estas palabras, se levantó para contestarle. «Yo no permitiré—dijo—que se propalen impunemente tan infames calumnias.» A estas palabras un violento murmullo del lado izquierdo y los repetidos gritos de *¡Al orden! ¡A la Abadía!* sofocaron la voz del orador, que prosiguió en cuanto se sosegó un poco el alboroto, diciendo: «¿No es suficiente que haya contenido mi indignación al oír acusar á más de dos mil ciudadanos beneméritos que en las crisis actuales han dado ejemplos de la más heroica paciencia? He oído, no obstante, al preopinante, porque respeto la libertad de las opiniones hasta en mis mayores enemigos políti-

cos; pero no hay fuerza en lo humano capaz de impedirme que trate esas diatribas con el desprecio que se merecen. Si votais el licenciamiento en masa que se os propone, vuestras fronteras quedarán á merced de todas las invasiones extranjeras que quieran intentarse, y en el interior sufrireis los excesos y el pillaje de una soldadesca desenfrenada». Esta enérgica improvisación fué la oración fúnebre del ejército, y el proyecto de la comisión fué adoptado.

La discusión sobre la abolición de la pena capital proporcionó ocasión á Dupont para pronunciar uno de aquellos discursos que immortalizan á sus autores y



Drouet se dirige á todo escape en dirección á Varennes.—Pág. 34.

que protestan por espacio de muchos siglos en nombre de la filosofía y de la sana razón contra la ceguera y atrocidad de las legislaciones criminales. Demostró con irresistible lógica que, al reservarse la sociedad el castigo del homicida, le justificaba en cierto modo, y que el medio más á propósito de deshonorar el asesinato, y aún de evitarle, era el infundir un santo horror hácia él. Robespierre, que estaba destinado á no respirar en adelante sino en una atmósfera de sangre, era entonces partidario de la abolición de la pena de muerte. ¡Cuánta sangre se hubiera ahorrado á la Francia si las preocupaciones de los juristas no hubiesen prevalecido sobre los sanos principios de la filosofía moral!

Estas discusiones no tenían ningún eco fuera del recinto del Picadero (1), ni ocupaban tanto la atención del público como las polémicas apasionadas de la prensa periódica. El periodismo, ese foro universal y cotidiano de las pasiones populares, se había inaugurado al mismo tiempo que la libertad, y en él habían aparecido á defender y explicar sus doctrinas todos los espíritus fogosos de la época, incluso el mismo Mirabeau. Camilo Desmoulins, joven de gran talento aun-

(1) Sitio en que celebraba sus sesiones la Asamblea.

que de razon debilitada, comunicaba al pueblo en sus hojas volantes la agitacion febril de sus pensamientos. Brissot, Górsas, Carra, Prudhomme, Freron, Danton, Fouchet y Condorcet se habian encargado de redactar los periódicos democráticos, y empezaban á pedir la abolicion del trono; «el mayor azote, segun *Las Revoluciones de Paris*, entre todos los que han deshonrado á la especie humana». Marat habia absorbido, por decirlo así, todos los odios que fermentan en una sociedad que se halla en estado de descomposicion, y se habia constituido en expresion permanente de todas las iras del pueblo. Su pluma estaba empapada en sangre, y hasta se habia hecho cínico y adoptado el lenguaje de los presidiarios y de la gente más perdida para ser mejor comprendido por las masas. Fingíase loco como el primer *Bruto*, pero no lo hacia con el objeto santo de salvar la patria, sino para subyugarla y tiranizarla con su fingida demencia. Todos los folletos que se publicaban eran el eco de los Jacobinos ó de los Franciscanos, y el único objeto que se proponian sus autores al escribirlos, era infundir inquietudes, sospechas y pánicos terrores en el ánimo del pueblo.

«Ciudadanos,—decía,—velad sin descanso en derredor de ese palacio, asilo inviolable, en donde se fraguan todas las conspiraciones contra la nacion, y en donde una reina perversa fascina á un rey imbécil, é inspira sus máximas á los lobeznos de la tiranía. Sacerdotes no juramentados bendicen allí las armas que han de disparar sobre el pueblo, y allí se prepara otro nuevo *San Bartolomé* de patriotas. El genio malévol del Austria asiste á esas reuniones tenebrosas, presididas por María Antonieta, y de allí salen secretamente en grandes convoyes el oro y las armas de Francia, para que los tiranos que reunen sus ejércitos en las fronteras para exterminaros os hallen desarmados y pereciendo, víctimas de la más espantosa miseria. Los emigrados Artois y Condé aguardan el santo y seña que deben recibir de los déspotas para venir volando á ejecutar las terribles venganzas del despotismo, porque una guardia de suizos mercenarios no es suficiente á llevar á cabo los proyectos liberticidas de Capeto. ¿Teneis dificultad en creer lo que os digo, pareciéndoos imposible? Venid conmigo, y sabreis ademas por boca de los buenos ciudadanos que rondan de noche á las inmediaciones de esa infame guarida que no pasa una que no vean entrar en ella furtivamente á muchos de los antiguos nobles, cargados de armas que llevan escondidas debajo de sus vestidos. Estos caballeros del puñal, ¿pueden ser otra cosa que los asesinos pagados del pueblo? Y entre tanto, ¿qué hace Lafayette? ¿Es chasqueado sin notarlo, ó está tal vez en connivencia con los de dentro? De otro modo, ¿cómo puede explicarse que deje libres las avenidas de palacio, que no pueden servir sino para dar paso á la venganza ó para facilitar la fuga de toda la familia de Capeto? ¿Cómo esperamos dar cima á la revolucion, cuando permitimos que un enemigo coronado espere en medio de nosotros la hora de sorprenderla y aniquilarla? ¿No advertis la gran escasez de numerario y el descrédito cada dia mayor de los asignados? ¿Qué significan esas numerosas reuniones de emigrados que hay en vuestras fronteras, y esos ejércitos que se adelantan rápidamente hácia vuestro país, para venir á ahogarnos en un círculo de hierro? ¿Qué medidas toman vuestros ministros para evitar una invasion extranjera? ¿Por qué no se confiscan los bienes de los emigrados? ¿Por qué no se incendian sus palacios, ó por qué no se pone precio á sus cabezas? Voy á decíroslo. Porque las armas están en manos de traidores, porque traidores son

los que guardan vuestras plazas, porque estamos rodeados de traidores por todas partes, y finalmente, porque en ese palacio de la traicion vive el jefe de los traidores, ese traidor coronado é inviolable á quien se da el odioso título de rey... La adhesion fingida de ese hombre á la Constitucion no es sino un lazo que os tiende, y si alguna vez asiste á la Asamblea, es para adormecer vuestra vigilancia y escaparse cuando le acomode. ¡Alerta, ciudadanos, alerta!... Sabed que se prepara un golpe que va á estallar muy pronto. ¡Ay de vosotros y ay de la libertad de la patria si no os apresurais á prevenirle con otro más rápido y más terrible!...»

## II

Estas declamaciones no carecian enteramente de fundamento, pues si bien es cierto que el rey no soñaba siquiera en conspirar contra el pueblo, y que á la reina jamás le habia ocurrido la idea de entregar al Austria la corona de su marido y de sus hijos, no lo es ménos que el rey tenia dos ministerios y dos políticas: una en Francia, con sus ministros constitucionales, y otra en el extranjero, con sus hermanos y con los demas agentes suyos cerca de las potencias extranjeras. El baron de Breteuil y Mr. de Calonne, rivales de intriga, hablaban y trataban en nombre del rey. Este, no por hipocresía, sino por debilidad, desaprobaba en sus despachos oficiales á los embajadores los pasos dados por aquellos hombres, en lo cual obraba unas veces con sinceridad y otras no. Bien puede tolerársele á un rey cautivo que hable en voz alta con sus carceleros y al oido con sus amigos. Sin embargo, estos dos lenguajes tan distintos hacian aparecer á Luis XVI como un hombre desleal y traidor. No era lo uno ni lo otro.

Jamás se ha sentado en el trono de Francia un hombre más honrado ni que más dispuesto estuviese á sacrificar parte de sus privilegios en favor de su pueblo, á quien amaba con un cariño verdaderamente paternal.

Jamás pensó en reconquistar lo perdido, ni en vengarse de los que tanto le habian agraviado. Jamás tuvo otros deseos que el de que se apreciase en su justo valor su sinceridad y buena fe, y el de que, restablecida la calma en el interior, pudiese la Asamblea, reconociendo las usurpaciones que habia cometido contra el der ejecutivo, revisar tranquilamente la Constitucion, y restituir al trono el poder suficiente para atender al bien general.

Los hermanos del rey, y en particular el conde de Artois, obraban en el extranjero sin contar con la voluntad de su hermano, cuyo silencio interpretaban como mejor les convenia. Este príncipe, jóven todavía, iba de corte en corte solicitando en nombre de Luis XVI el auxilio de las potencias monárquicas contra unas doctrinas que amenazaban hundir todos los tronos. Bien recibido en Florencia por el emperador de Austria, Leopoldo, hermano de la reina, obtuvo de él en Mantua á los pocos dias la promesa de un contingente de treinta y cinco mil hombres. Los reyes de Prusia, España, Cerdeña y Nápoles, y aun los cantones suizos, le ofrecieron fuerzas proporcionadas á la grandeza de sus Estados. Luis XVI tan pronto acogia la idea de una intervencion extranjera como único medio de intimidar á la Asamblea y de hacer que se reconciliase con él, tan pronto la rechazaba como si fuese un crimen. La disposicion de su ánimo con respecto á esto dependia del estado en que se hallaba el reino, y su alma seguia el flujo y reflujo de los

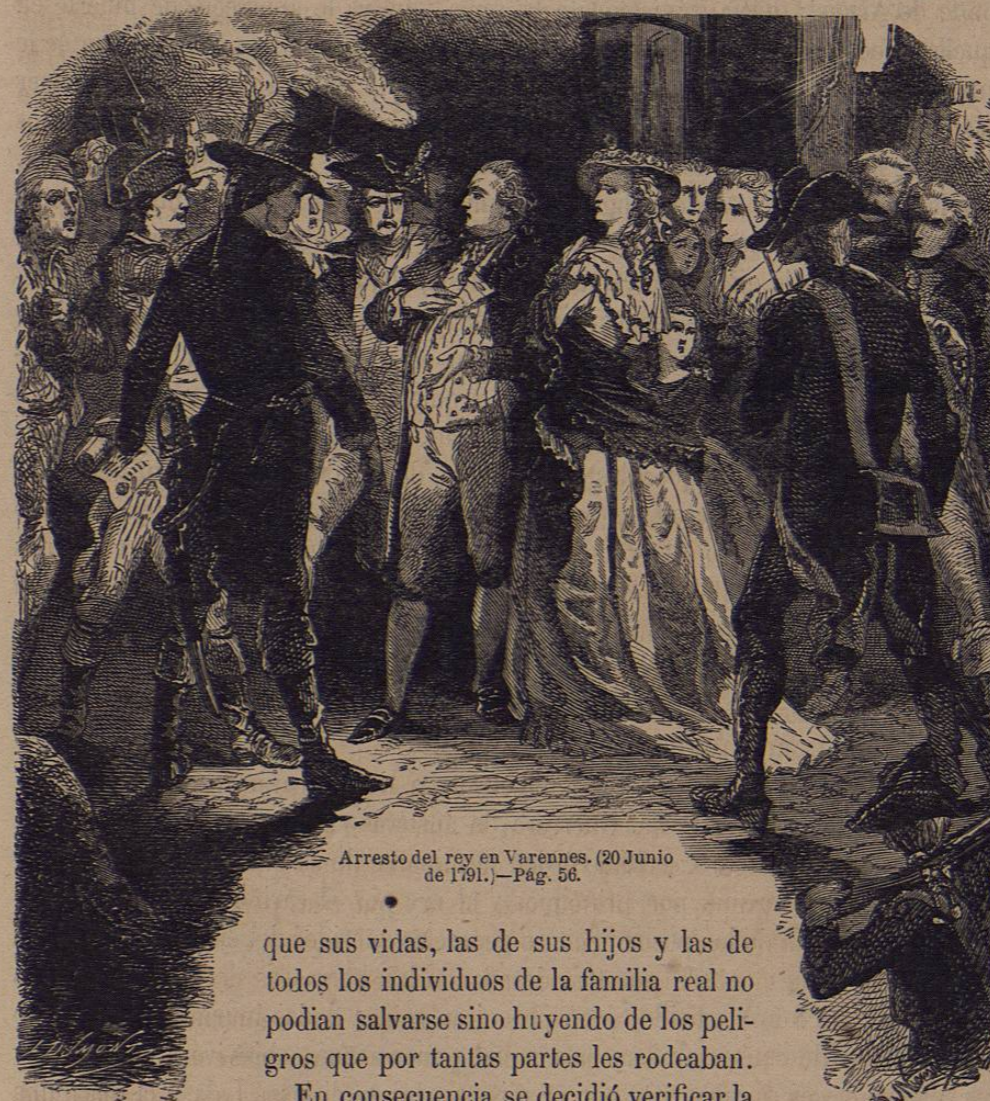
acontecimientos interiores. Un buen decreto que diese la Asamblea, un acto que ejecutase que indicase que queria reconciliarse con el rey, ó un aplauso del pueblo á su monarca, eran motivos suficientes para que éste se consolase y para que renaciese en él la esperanza de poder arreglarlo todo sin necesidad de extranjeros. Entónces escribía á sus agentes que suspendiesen todo preparativo hostil. Por el contrario, cuando un nuevo motin asediaba el palacio, ó cuando la Asamblea imponía á la autoridad real una nueva humillacion, entónces empezaba á desesperar de poder salvarse dentro de la Constitucion, y se preparaba á combatirla. La incoherencia de sus ideas no debe achacarse sino á la posicion en que se hallaba el rey, pero daba márgen á que su causa se viera comprometida dentro y fuera del reino. Todo pensamiento en donde falta unidad se destruye por sí mismo. El del rey, aunque bueno en el fondo, era demasiado vago para no variar segun variaban las circunstancias, y tanto más perjudicial para él, cuanto que en todos los sucesos se veía una tendencia marcada á la abolicion de la monarquía.

## III

La historia no puede ménos de conocer que en medio de esta vacilacion de voluntad, el rey, de acuerdo con el emperador, meditaba un plan de evasion desde Noviembre de 1790. Luis XVI habia obtenido de aquel príncipe la promesa de que haría marchar un cuerpo de ejército sobre las fronteras francesas en cuanto él se lo indicase, y sólo nos resta saber si la intencion del rey era la de salir del reino y volver despues á la cabeza de las tropas extranjeras, ó simplemente la de reunir parte de su propio ejército en una plaza fronteriza, para tratar desde allí con la Asamblea é imponerle condiciones. Esta última hipótesis es la más probable.

Luis XVI sabía mucha historia y conocia sobre todo perfectamente la de Inglaterra. Semejante á todos los desgraciados, comparaba sus infortunios con los de otros príncipes que habian sido destronados, y no podia desechar de su imaginacion la idea de que Jacobo II habia perdido la corona por haberse extrañado del reino, y que Carlos I habia sido decapitado por haber hecho la guerra al Parlamento y al pueblo. Estas reflexiones le habian inspirado una repugnancia instintiva contra ambas ideas, de salir de Francia ó de entregarse en manos del ejército, y para que se decidiese á adoptar uno de estos dos partidos extremos, era preciso que su ánimo se viesé muy oprimido por la inminencia del peligro, y que el terror que asediaba noche y dia el palacio de las Tullerías hubiese penetrado en su alma y en la de la reina.

Las atroces amenazas con que eran saludados el rey y la reina en cuanto se asomaban á las ventanas de su habitacion, los insultos de los periódicos, las vociferaciones de los jacobinos, los motines y los asesinatos que iban en aumento, tanto en Paris como en las provincias, la resistencia violenta á la salida del rey para Saint-Cloud, y finalmente, el recuerdo de los puñales que habian atravesado el lecho de la reina el 5 y 6 de Octubre, les hacía vivir en una agonía continuada. Empezaban ya á creer que la revolucion implacable se irritaba cada vez más con las concesiones que habia obtenido, y que el ciego furor de las facciones, que no se habia contenido ante la majestad real rodeada de sus guardias, se detendría mucho ménos ante la inviolabilidad ilusoria decretada por una Constitucion, y creían



Arresto del rey en Varennes. (20 Junio de 1791.)—Pág. 56.

que sus vidas, las de sus hijos y las de todos los individuos de la familia real no podian salvarse sino huyendo de los peligros que por tantas partes les rodeaban.

En consecuencia se decidió verificar la fuga, á pesar de haber sido desechada esta idea en otras ocasiones. El mismo Mirabeau, sobornado por el oro de la corte, la habia propuesto hacía mucho tiempo, y se habia comprometido á dirigir el espíritu público de suerte que las cosas viniesen á arreglarse por sí mismas y sin violencia hasta un restablecimiento voluntario de la autoridad real. Mirabeau bajó al sepulcro sin ver realizadas sus esperanzas. El rey nos ha dejado en su correspondencia secreta un testimonio auténtico de lo repugnante que le era entregarse en manos del primero y más temible de todos los facciosos. Otra inquietud agitaba el ánimo del rey, y traspasaba cual agudo puñal el corazon de la reina, porque ambos sabian que tanto en Coblenza como en las cortes de Leopoldo y del rey de Prusia se trataba de declarar vacante el trono de Francia, so pretexto de falta de libertad en el que en él se sentaba, y tambien de nombrar regente del reino á uno de los príncipes emigrados, á fin de llamar á su lado con cierta apariencia de legalidad á todos sus fieles vasallos y de dar á las tropas extranjeras un derecho de intervencion, que sería incontestable en semejante caso. Pero en un trono, por vacilante que esté, no caben jamás dos personas.

En medio de tantos terrores reinaba una continua zozobra en este palacio en que la sedicion habia abierto ya tantas brechas. «¡Si será efectivamente un héroe el

conde de Artois!» decía irónicamente la reina, que ya le aborrecía de muerte en aquella época. El rey por su parte temía aquella caducidad moral con que se le amenazaba so color de salvar la monarquía, y ya no sabía á quiénes debía temer más entre sus amigos ó sus enemigos. La fuga sólo podía libértarle del odio de los unos y de las intrigas de los otros si lograba colocarse al frente de un ejército fiel, pero la fuga era otro nuevo peligro en sí misma. Si salía bien, era imposible que la inmediata consecuencia no fuese una guerra civil, y el rey se horrorizaba al pensar en la sangre que se derramaria por culpa suya; si se desgraciaba el concebido plan, ¿cuáles podrían ser las consecuencias? ¿Dónde se detendría el furor de una nación en que se advertía una exaltación de ideas tan deplorable? El cautiverio y la muerte era lo único que podía prometerse el rey, que veía que iba á suspender de un hilo su frágil trono, su libertad, su vida, y lo que era mucho más sensible para él, las vidas queridas de su mujer, de sus dos hijos y de su hermana.

Largas y terribles fueron las angustias que experimentó por espacio de ocho meses, y en ellas no tuvo otros confidentes que la reina, madama Isabel y algunos servidores fieles que estaban en palacio. El hombre en quien puso su confianza fuera de aquel recinto fué el marqués de Bouillé.

## IV

Primo este último de Mr. de Lafayette, era de un carácter diametralmente opuesto al del héroe de Paris. Guerrero de austeras virtudes militares, no había emigrado porque no había recibido orden terminante de su soberano para hacerlo, y adicto á la monarquía por principios y al rey por el cariño particular que le profesaba, era uno de los pocos oficiales generales queridos del ejército que habían permanecido firmes en sus puestos, desafiando las borrascas de los dos últimos años, y que, sin tomar partido ni en pro ni en contra de las murmuraciones, sólo había tratado de conservar á su país aquella fuerza que sobrevive á las demas y que muchas veces es suficiente por sí misma para suplirlas á todas: la disciplina de las tropas. Este general había servido con gloria en América, en las colonias francesas y en la India, y su nombre era respetado en todo el ejército. El heroísmo que desplegó para sofocar el célebre pronunciamiento que había tenido lugar en Nancy en el mes de Agosto anterior, le había dado una gran autoridad moral sobre los soldados, porque era el único entre los demas generales franceses que había sabido reconquistar el mando y contener aquella insurrección militar. La Asamblea, á quien aquel movimiento había infundido serios temores, le dió un voto de gracias y le llamó públicamente el salvador del reino. Lafayette, que no mandaba sino batallones de paisanos, temía á este rival que tenía á sus órdenes tantas bayonetas organizadas, y le observaba y halagaba constantemente.

«Hagamos—le decía con frecuencia—una coalición de las bayonetas que mandamos, de la que serémos nosotros solos los jefes superiores, y de este modo aseguraremos á la vez los intereses de la revolución y los de la monarquía.»

El realismo de Mr. de Lafayette no podía ménos de ser sospechoso para su primo; así es que le contestaba con una política fría é irónica que disimulaba muy mal las sospechas que de él tenía. Estos dos caracteres eran incompatibles, porque el uno representaba el patriotismo de la época, y el otro el antiguo honor militar,

basado principalmente en el respeto al trono y á todas las instituciones que de él emanaban. Imposible era, por consiguiente, que pudieran unirse ni ponerse de acuerdo.

El marqués de Bouillé mandaba todas las tropas acantonadas en la Lorena, Alsacia, el Franco-Condado y la Champaña, y su jurisdicción militar se extendía desde Suiza hasta el Sambre. Ochenta batallones y cien escuadrones era la fuerza total que tenía á sus órdenes. De esta fuerza no podía contar sino con veinte batallones alemanes y con algunos regimientos de caballería. El resto de ella estaba por la revolución, porque los clubs habían logrado introducir la insubordinación y el desprecio á las órdenes del rey en la mayor parte de los regimientos, que obedecían mejor á las municipalidades que á sus mismos generales.

## V

El rey, que confiaba abiertamente en Mr. de Bouillé, le había escrito en Febrero de 1791, diciéndole que muy pronto le autorizaría para que se pudiese de acuerdo con Mr. de Mirabeau. «Aunque estos hombres no sean dignos de estimación,—decía el rey,—y aunque Mirabeau me haya costado muy caro, creo que puede serme muy útil en esta ocasión. Oidle, pero no le hagais ninguna confianza.» En efecto, el conde de Lamarch llegó á Metz pocos días despues. Habló con Mr. de Bouillé del objeto que allí le conducía, y le confesó francamente que el rey acababa de entregar á Mirabeau seiscientos mil francos y que le pagaba además cincuenta mil francos mensuales. Púsole de manifiesto todo el plan de esta conspiración contrarrevolucionaria, cuyo primer acto consistía en una petición á la Asamblea, en nombre de Paris y de los departamentos, reclamando que el rey fuese puesto en libertad, moción que sostendría Mirabeau con toda la elocuencia de su palabra, lo cual, como se deja conocer, no era una garantía suficiente en las azarosas circunstancias por que estaba atravesando Francia. Ignoraba aquel orador venal que el poderío de la palabra alcanza á conmover las naciones, pero que, una vez lanzadas, sólo las bayonetas son suficientes á detener su curso. Mr. de Bouillé, avezado á las batallas, se rió de estas quimeras del hombre de la tribuna, pero no trató de desanimarle y prometió contribuir por su parte al buen éxito de la empresa. «Cubrid de oro la defección de Mirabeau,—escribió al rey,—de ese hábil malvado que quizá subsane por codicia el daño que ha hecho por venganza, y desconfiad de Lafayette, entusiasta quimérico, ebrio del amor popular, que aunque es capaz de ponerse á la cabeza de un partido, no es á propósito para ser el sosten de una monarquía.»

## VI

Despues de muerto Mirabeau, el rey había seguido madurando su proyecto, y cuando le hubo modificado del modo que le pareció más conveniente, escribió á Mr. de Bouillé á fines de Abril, sirviéndose de una clave que ambos conocían, anunciándole que muy pronto se pondría en camino con toda su familia en un carruaje que mandaría construir al intento. Al mismo tiempo le previno que estableciese una línea de puestos desde Chalons á Montmedy, ciudad fronteriza adonde quería trasladarse. El camino directo de Paris á Montmedy va por Reims; pero el rey te-